

el amor, el de Stendhal, necesitó más de veinte años para agotarse una edición. El libro de Sènancourt, sobre el mismo tema, es casi desconocido a pesar de su gran valor filosófico. Este tipo de libros contribuye a fortalecer la celebridad, pero difícilmente la crean de una sola vez. Posiblemente sea debido a que los autores eligen títulos demasiado absolutos, lo que impide al lector encontrar algo que no pertenezca a su vida corriente.

Estas obras, si no han sido trazadas por un verdadero artista, dueño de sus nervios, dejan de ser una confesión emocional para convertirse en un informe médico, motivo suficiente para justificar las palabras de Remy de Gourmont cuando dice que nunca se escribe sobre el amor en estado de salud perfecta. Claro está que, por lo general, estas creaciones se leen siempre ejercitando con toda plenitud el espíritu de contradicción.

De todas formas, nuestras palabras no pretenden desvirtuar las acertadas observaciones del autor de este excelente «Viaje literario».

Libro escrito, sin duda, siguiendo un plan meditado, presenta una contextura de equilibrio innegable, no obstante el dinamismo de su título. Las ideas y el conocimiento del autor se dan perfectamente articulados y revelan información sólida. El estilo es de una gran pureza.—VICENTE MENGOD.



<https://doi.org/10.29393/At241-116CSCS10116>

### CARTAS A UNA SOMBRA, de *Mila Oyarzún*

Avanzamos desde el umbral emotivo hacia la raigambre pura de este nuevo libro. Es una apretada gavilla de bien laboradas imágenes que llevan a revestir cierta delineada macidez que nos hace contemplar la veraz presencia de un elegante estilo—que otros críticos vacilan en reconocer con entera llaneza. No es de extrañar. Sucede en nuestro mundo intelectual—especialmente en nuestro país—una especie de timidez para au-

nar las palabras que se precisan para consagrar al escritor novel que logra alcanzar con sus tempranas manos una pequeña obra maestra.

«Cartas a una sombra», ¿es una novela? Podríase llegar a establecer que la pregunta no tiene lugar. Las setenta y seis páginas de este libro forman, sin lugar a dudas, la unidad de una novela. Es cierto que alguno de nuestros críticos están acostumbrados a un tipo de novela standard, que para apreciarla precisan encerrarla en un marco tradicional...

La obra, que tan generosamente nos ha entregado Mila Oyarzún, no es posible establecerle limitaciones ni vaciarla en moldes de la novela clásica para su exacta valoración. La poetisa de «Esquinas del Viento» nos ofrece algo completamente novedoso. No es una novela de exteriores, sino de una especie de recogimiento interior conducida por una notable fuerza. En ella—como ya bien lo ha establecido más de un crítico—se amalgaman la prosa y la poesía para concedernos dentro de la ya caduca y superexplotada novela, una impresión de novedad y frescura espiritual.

Desde las primeras páginas se nos conduce por una gama de zonas vivenciales. Se aúnan el sentimiento y la agrídulce voz del recuerdo. Se advierte la presencia de algo que vaga entre los personajes. La novela, con toda su labor estilística pudo haberse perdido, pero esto va a asegurar su recia contextura interior. Es algo intangible, pero que va estableciéndose con realidad sombría y hace agitarse el alma de los personajes «como un pozo estrangulado que no sabe de luces».

El sentido de la muerte, su nacencia desde un ángulo de delicada penumbra lírica, va poniendo su nota de desolación e invadiendo las ventanas del vacío en la inquietud de las horas, con las palabras que brotan confusamente del que siente que el amor se le anida casi en la raíz de las venas y se le duerme en las pupilas del deseo perdido.

«Unos antes que otros volverán a sumergirse»... Y tam-

bién habrá de sumergirse aquel amor que es «como un niño perdido sobre un páramo». «Porque el amor no es sino una muerte que sueña, y la muerte el amor que soñara». «Así, ¿en dónde rige una entrega absoluta? sino en la muerte». (Pág. 34).

Así se penetra en esta obra, «como en un abanico de palabras» y se presiente «un desenlace obscuro» que resbala «por un camino de sangre» (pág. 25).

Esta es la forma en que Mila Oyarzún capta el sentido de la muerte, y más cuando dice «Somos la muerte que sueña, y este sentido de la muerte se me agudiza de súbito para desmenuzarme en una infinidad de partículas, prontas a vivir una vida propia, más a la vez en concomitancia con un Todo... (pág. 35).

Y más cuando tan sugestivamente pone en los labios dolidos de sus personajes: «—Tengo la muerte en las manos... «—Y la muerte es de cera»... (pág. 25).

Tal es la obra de Mila Oyarzún. «Cartas a una sombra» es más que una realidad valiosa en el mundo de los libros y merece, por tanto, nuestro sincero elogio exento de bastardas restricciones.—CLAUDIO SOLAR.